

Ignacio Martínez Buenaga, José Antonio Martínez Prades, Jesús Martínez Verón

Grupo Iber de Zaragoza.

La enseñanza de la historia del arte: el libro de texto.

La aplicación con carácter generalizado de la Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo (LOGSE) está a punto de completarse en la totalidad de los niveles educativos del nuevo Bachillerato, de tal manera que de aquí a tres años habrán desaparecido de nuestros centros escolares los cursos de BUP y el COU, dando paso a los ciclos de la Enseñanza Secundaria Obligatoria (ESO) y a los dos nuevos cursos del bachillerato, primero y segundo de bachillerato.

Por lo que se refiere a la asignatura que ahora nos interesa, la Historia del Arte aparece en los *curricula* como asignatura optativa en las dos modalidades del bachillerato de letras, los llamados bachilleratos humanísticos, en uno como optativa obligatoria, también llamada de modalidad, y en otro como optativa no obligatoria. Es en cualquier caso una asignatura que como ya ocurriera en el COU goza de una notable aceptación entre los estudiantes de letras, que suelen elegirla habitualmente entre sus opciones preferidas. En una línea de creciente inclinación hacia este ámbito de estudio que también se puede observar en el aumento progresivo de estudiantes que están eligiendo la carrera de Historia del Arte.

Pero este cambio de estructura en el sistema educativo no afecta solamente al cambio general del proceso educativo o la nueva configuración de estudios y asignaturas, afecta también a las metodologías de estudio y a la renovación de los procesos didácticos, que en muchos casos también era necesaria. En el caso concreto de la Historia del Arte, se ha planteado una nueva orientación de la asignatura en relación a la que se le daba tradicionalmente. No sólo porque se considera necesario introducir nuevas visiones dentro del propio ámbito de la historia del arte, al margen del estudio tradicional de las artes plásticas, sino también porque se entiende que la educación del estudiante en esta parcela del saber no debe limitarse al aprendizaje de una suerte de autores y de obras, sino que debe implicarse en la educación de la sensibilidad del alumno, así como en la educación de su percepción hasta permitirle ver y comprender el hecho artístico.

Toda esta renovación didáctica planteada desde los presupuestos de los nuevos temarios de la Historias del Arte como asignatura del nuevo bachillerato, nosotros creemos que debe contar también con un soporte de estudio, una serie de materiales de trabajo, que habitualmente se suelen compendiar en el manual o libro de texto, que lógicamente debe adaptarse a estas nuevas consideraciones con las que se contempla ahora el estudio de la Historia del Arte.

Qué es un manual

¿Pero realmente es necesario un manual?

Tal vez, antes de plantearnos cómo elaborar un manual de Historia del Arte habría que plantearse una primera pregunta que no por parecer de Perogrullo resulta fácil de contestar. ¿Qué es realmente un manual? La prueba de que la pregunta no es ociosa es

que muchos historiadores del arte de reconocido prestigio se han planteado esta misma cuestión. Y así al respecto dice D. Fernando Chueca Goitia: *Un manual es un libro sencillo, de fácil comprensión, bien ordenado y didáctico*. Valeriano Bozal, considera el manual: *un libro intelectualmente manual, es decir, intelectualmente manejable*. Gonzalo Borrás también afirma: *El manual, es en su origen, un libro escrito para uso de alumnos o estudiosos, y su desarrollo manejable ofrece de forma sencilla y clara, objetiva, equilibrada y sistemática el contenido completo de una materia determinada*.

Resumiendo todas estas consideraciones se podría concretar en que un manual vendría a ser la herramienta de trabajo primordial del estudiante, porque en su naturaleza deben coincidir una serie de rasgos específicos que faciliten la labor estudiantil: Así han de tener una serie de características que han quedado claras en las apreciaciones anteriores: debe ser un libro de texto sencillo, lo que no quiere decir simplista, sino más bien que debe ser entendido con facilidad; bien estructurado y organizado; riguroso en sus contenidos y al propio tiempo abreviado, de tal forma que no incluya un saber enciclopédico, sino que se ajuste adecuadamente al nivel y a la capacidad de los alumnos a los que va dirigido, esperando del autor una considerable capacidad de síntesis, lo que no siempre resulta sencillo.

La mala consideración del manual.

Sin embargo, no parece que el manual como tal haya sido muy bien considerado tradicionalmente por la mayoría de los profesores y especialmente por los profesores universitarios. O bien porque para algunos es una empresa poco menos que irrealizable, ya que demanda un saber erudito, y al mismo tiempo una perfecta sintetización que haga de la erudición resumen, lo que resulta una tarea prácticamente inalcanzable; o bien porque para otros, esa capacidad de síntesis reduce los libros de texto a meros resúmenes sin rigor, por lo que desprecian la tarea de realizarlos ya que les parece un trabajo muy poco intelectual y mediocre.

De ahí que para muchos docentes el resultado no resulte satisfactorio, dando lugar al prejuicio generalizado que suele considerar tan peyorativamente al llamado “libro de texto”. En este sentido son lapidarias las palabras de Valeriano Bozal: *Creo que los manuales de enseñanza media se conciben como libros que deben ser atractivos. En abstracto, ésta es una buena pretensión; en concreto suele producir resultados deleznable porque el término atractivo se entiende desde el punto de vista formal y gráfico (en el que tampoco brillan), no en atención al texto. El texto sigue siendo plúmbeo y poco inteligible, pero se llena de colores, ejercicios, adivinanzas, cuadros, mapas, etc., todo lo cual convierte los manuales en textos tan inútiles como de pésimo gusto (acentuado por la penuria de la producción: malos colores, mal papel, mal diseño...) A los estudiantes universitarios no se les considera tan “descerebrados”, como a los de enseñanza media y, por tanto, se suprimen todos esos elementos gráficos, pero el texto continúa siendo plúmbeo (acumulativo, no argumentativo, sin perspectiva teórica e intelectual alguna...) y el manual insoportable salvo para preparar exámenes*.

Necesidad del Manual.

Aún así, la mayoría de los docentes siguen considerando que el manual, como tal libro de texto es necesario. Queda claro que escribir un buen manual de Historia del Arte no es tarea fácil, pero aún así los manuales deben existir, porque son en primer lugar una ayuda al estudiante. En este sentido frente al juicio de Valeriano Bozal, deberíamos recordar también la opinión de Gonzalo Borrás que nunca se cansa de repetir en clase que *los mejores apuntes del mundo son peores que el peor manual del mundo*, y todos sabemos la dependencia de los estudiantes hacia los famosos apuntes. En segundo lugar, los manuales también sirven al profesor. Ya lo dice J. Antonio Ramírez, que entiende el manual *como el desarrollo impreso de una especie de curso ideal*. Y de hecho sirve tanto al profesor especialista, que puede encontrar en él un complemento y una ayuda, como al profesor no especialista, que por una u otra razón le ha tocado en suerte impartir esta asignatura en su centro de enseñanza media, lo que es igualmente frecuente. En ese caso el libro se convierte en algo más que en una ayuda, y debe servir para solucionarle todas sus carencias y problemas. De ahí la necesidad no sólo de que existan manuales, sino que sean de calidad y respondan a todas las expectativas que se esperan de él.

El manual ideal.

El manual por tanto debe existir, pero debe tener la calidad esperada: ¿Cómo conseguir ese manual casi perfecto, que por una parte nos haga olvidar su tradicional mala fama, y por otra se convierta en un útil instrumento de trabajo para todos?

El principal dilema a la hora de conseguirlo siempre estará en relación con el problema que supone la perfecta adecuación del nivel y el equilibrio ajustado entre rigor y síntesis. También lo afirma J. A. Ramírez: *He aquí el nudo gordiano de todo manual digno de aprecio: la selección y jerarquización de los argumentos e informaciones*. Y él mismo plantea la solución al respecto: *La pregunta básica, al escribir, sería la siguiente: ¿Qué deben saber los estudiantes de esa materia? No podemos responder diciendo que están obligados a conocerlo todo, pues eso sería ignorar los rudimentos en los que se basa el sistema educativo. Corresponde al autor establecer un catálogo de asuntos esenciales teniendo en cuenta los programas docentes (si existen) y el “estado de la cuestión” entre la comunidad científica sobre cada uno de los temas que trata*.

Es decir, que el mejor manual será aquel que sepa hacer una mejor selección de los contenidos y de las obras de arte que se deban estudiar, y que enfoque adecuadamente al nivel estudiantil el tratamiento de los temas. Por ello el texto habrá de ser sencillo, fácil de entender, pero no por ello falto de cierto nivel intelectual, porque la accesibilidad no ha de estar reñida con el rigor, incluyendo por supuesto la terminología precisa y característica de esta materia. Hay que asumir que el estudiante de segundo de bachillerato no es un ignorante, sino estudiante universitario en un inmediato futuro.

Este trabajo requerirá de su autor un esfuerzo que no resulta baladí: debe atender a la renovación de sus conocimientos, la actualización bibliográfica, y la paciente correlación de datos, fechas, detalles o referencias, formales, iconográficas e históricas, sin confiarse en exceso de la memoria personal porque en ocasiones puede resultarnos traicionera. Además no deben faltar en su acopio erudito información historiográfica y catalográfica suficientes, lo que no quiere decir que la tenga que verter en su totalidad sobre el texto del manual, todo lo contrario, porque dicha ilustración ha de servir para que no decaiga en ningún momento el rigor del libro, pero al mismo tiempo y puesto que ya hemos dicho que debe ser de lectura sencilla, el autor debe reprimir sus ansias

habituales por demostrar todo su saber, lo que suele resultar a veces difícil. En este sentido es elocuente lo que dice Guillermo Solana: *El estudioso tiene que sacrificar su vanidad, y renunciar a muchas obras y argumentos con un criterio implacable.*

Por otra parte, y aun cuando no se trata de un texto científico ni especulativo, sino todo lo contrario, tampoco debe el autor renunciar a postular sus propias ideas o puntos de vista sobre aspectos que haya estudiado con rigor o simplemente que considere oportuno y necesario exponer de una manera determinada.

Y por supuesto se debe huir de los conocidos y habituales “*refritos*” que en muchas ocasiones son culpables de la mala prensa que como se ha comentado han tenido los manuales. Una cosa es ampararse en el saber de los *maestros* a la hora de hacer síntesis de un tema o capítulo, y otra muy distinta copiar sus textos literalmente sin mediar un mínimo análisis de lo allí expuesto. Entre otras cosas porque también los maestros se equivocan, dando lugar a equívocos, que como ha ocurrido frecuentemente por seguir esta práctica, se han extendido de historiador en historiador por generaciones. Debe por tanto hacerse acopio del saber general sobre cada aspecto o tema que se trate, pero elaborándose desde el criterio y el estilo personal de cada autor, sin faltar además un mínimo sentido crítico.

Desde el punto de vista *metodológico* es donde tal vez puedan establecerse mayores diferencias entre unos manuales y otros. Los libros de texto de Historia del Arte han tendido habitualmente hacia dos criterios predominantes: El protagonismo de la ilustración, y la elaboración de un texto genérico que hiciera continuas referencias puntuales a una nómina habitualmente densa de autores y obras sin mayor profundización en su análisis. Además es también habitual que se obvien aspectos de estudio formal e iconográfico de las obras que se estudian, precisamente porque no se tratan en profundidad. Por último tampoco es habitual que se analicen aspectos relativos al lenguaje del arte en todos sus ámbitos, o como mucho que se refieran sucintamente en una primera lección introductoria que nadie suele tener en consideración, lo que supone en cierto modo y en nuestra opinión una carencia, y más tratándose de un curso de Historia del Arte para estudiantes que en su trayectoria estudiantil no han cursado todavía esta asignatura y deben iniciarse en su particular lenguaje precisamente en ese curso.

Por ello pensamos que un libro adecuado sobre Historia del Arte para estudiantes del bachillerato y, ¿por qué no?, para un público culto que quiera iniciarse en esta apasionante materia, debe plantearse como vehículo de aproximación a la obra de arte y a su particular forma de expresión, el análisis monográfico de aquellas que en cada momento o periodo artístico puedan resultar más significativas o atractivas. Incluso de aquellas obras por las que el autor sienta una especial predilección, sin que a lo mejor sean tan famosas, porque con ello añadirá su particular sentido del gusto al libro y sentirá una especial satisfacción al realizarlo, que redundará en el entusiasmo que requiere una labor de tanta envidia como la de escribir un libro sobre todo el arte universal.

En dicho análisis monográfico se pasará revista a los pormenores de la obra. Primero en cuanto a su *ficha de aproximación*, es decir, autoría, soporte o material, características técnicas, fecha de ejecución, lugar o Museo en el que se encuentre actualmente, y sólo opcionalmente y si es un dato peculiar, las dimensiones de la obra

(en el caso, claro está, de las artes plásticas). A continuación se analizarán sus consideraciones temáticas cuando haya lugar, sus elementos formales y sus aspectos iconográficos, sirviendo además no como un mero repertorio de conocimientos, sino como una referencia continua que sirva de ejemplificación a las connotaciones generales del autor, el estilo o la época que se están estudiando.

Esta es otra cuestión que no debe quedar al margen. Algunos libros, como ya se ha dicho, reducen sus textos a este tipo de cuestiones generales, sin mayor profundización, lo que se ha considerado una carencia, pero lo contrario también lo sería, es decir, reducir la explicación sólo al análisis de las obras. Es necesario un contexto previo de cada periodo artístico, bien en relación a su ambiente histórico, al pormenor cultural que caracteriza cada época, a las observaciones que sobre el gusto y la producción artística orientan cada estilo y asimismo, sobre la consideración peculiar que la vida de determinados artistas ha tenido en el devenir de un momento concreto de la Historia del Arte. No estaría de más por ello incluir en determinados periodos y de forma muy breve y resumida, la biografía de ciertos artistas de renombre universal.

Por otra parte creemos esencial en un libro que como se ha dicho sirve también de introducción a lo que es el lenguaje del arte, que se revisen en una unidad independiente y tratada con la extensión que sea necesario todas las particularidades de la expresión plástica, iniciándose en el tratamiento del aprendizaje de la contemplación y la educación de la sensibilidad, pasando a continuación a desgranar aspectos intrínsecos al lenguaje formal de la arquitectura y las artes plásticas. Aspectos éstos últimos que además se incluyen ya en los temarios de la asignatura correspondientes al bachillerato LOGSE. Asimismo debe asumirse de una vez, que en la expresión artística deben tenerse en consideración también otras manifestaciones que no suelen incluirse en este tipo de análisis, pero que son obviamente obras de arte, caso de todas las que se incluyen en el epígrafe de *artes decorativas*, más las que se engloban dentro del término genérico de *medios visuales de comunicación de masas* (cine, cómic, fotografía, cartel publicitario, etc), sin olvidar el ámbito del *urbanismo*. No así la *música*, curiosamente tratada en numerosos manuales de Historia del Arte, pero cuyo lenguaje, completamente distinto y su expresión, ajena al soporte visual, escapan completamente del estudio de una Historia de la arquitectura y las artes plásticas.

Por otro lado, una Historia del Arte, tal y como actualmente se concibe esta materia y tal y como se estructura su estudio especializado en el ámbito de la Universidad no estaría completo si no hiciera una mención, aunque fuera resumida, a otros aspectos importantes de su estudio. Tan importantes, que también se incluyen en los actuales temarios del bachillerato LOGSE. Caso del estudio referido a los capítulos del arte y el mecenazgo, del entorno social de la obra realizada y del artista creador, de la sociología del arte, de las interrelaciones entre obra de arte y espectador, así como cuestiones relativas al estudio del patrimonio artístico, de su conservación y restauración, del mundo del museo artístico, y un epígrafe que permita introducirse, aunque sea someramente, en el campo de las diversas técnicas artísticas.

Otra cuestión discutible sería la inclusión en la obra de ejercicios de apoyo que completen la labor docente que se le supone al manual. Discutible porque puede pensarse que un cierto nivel de rigor intelectual puede estar reñido con un cierto tipo de actividades que podrían considerarse un tanto infantiles, y más considerando el nivel de estudio al que va dirigido el libro de texto. Pero por otra parte, por encima de todo debe

prevalecer una idea básica a la hora de elaborar un manual, y es que se trata de un utensilio fundamentalmente para aprender, en cuya misión debe ayudar al profesor cuanto sea posible para anclar y fijar ideas, conceptos, y contenidos en sus alumnos, que de otra manera podrían perderse en un mar de estudio memorizado y teórico. Por ello una serie de actividades, bien ponderadas al nivel educativo al que se dirigen y eminentemente prácticas, en las que se dé prioridad a la investigación bibliográfica y a la percepción formal, creemos que serían útiles y deberían incluirse en el libro de texto.

Siempre queda a la libertad del profesor utilizarlos o no. En este mismo sentido nos parece asimismo imprescindible la incluso de textos complementarios a los movimientos, artistas y estilos que se estudian. No sólo son una información directa de la época a que se refieren, en ellos se amplían conocimientos y además se puede comprobar que la historia no inventa sus conclusiones, sino que las apoya en una documentación adecuada. Hoy por hoy no cabe la enseñanza de la historia y de las humanidades en general sin un adecuado análisis de texto porque constituye también un ejercicio básico de capacitación intelectual, siendo además una tarea obligada para nuestros estudiantes de último curso de bachillerato, que van a tener que trabajarlos en sus exámenes de acceso a la Universidad.

Tratándose por otra parte, de estudiantes que se están iniciando en el estudio de la Historia del Arte y puesto que como se ha dicho deben dominar la terminología que es propia de esta materia, no estaría de más incluir al final de cada unidad o al final del libro un glosario que recogiera los principales conceptos que un estudiante de bachillerato debería dominar.

Por último, no se concibe ningún trabajo mínimamente serio sin una aportación bibliográfica, actualizada y seleccionada adecuadamente al nivel de estudio al que va dirigida, siendo oportuno además que dicho acopio se comente pormenorizadamente para que los estudiantes o interesados puedan seleccionar también ellos mismos qué textos les interesan y para qué.

Maquetación e ilustraciones.

El manual ideal ha de contar también con una estrecha colaboración de la Editorial correspondiente en el éxito final del libro. Dos elementos son de su responsabilidad y resultan extraordinariamente importantes en un libro de esta naturaleza. La calidad de las ilustraciones y la adecuada maquetación. Pero ninguna de las dos debe eludir la participación directa en la toma de decisiones del propio autor o autores del libro, que han de influir para que la obra responda a lo que se espera de ella: su claridad ya comentada en anteriores ocasiones, su manejabilidad, condición intrínseca, y también ya que se trata de un libro de arte, su cuidada presentación y belleza formal.

A veces las editoriales tienen sus propios formatos y estructuras, que pueden ser apropiadas para el resto de asignaturas, pero hay que recordar continuamente que un libro de arte es algo siempre diferente: debe ser mucho más abierto y libre en su composición y debe imperar su atractivo visual sobre la excesiva rigidez que a veces caracteriza los típicos libros de texto.

En cuanto a las ilustraciones habrá que negociar cuanto sea necesario, pero deben ser siempre de la mejor calidad, sobre papel igualmente adecuado, y según tamaño y colocación orientada por los propios autores del libro. Sobre todo el tamaño, que en

ocasiones puede adaptarse a la propia forma original de la obra artística, y en ocasiones puede influir en la perfecta maquetación y vistosidad del libro en su conjunto.

Adaptación curricular.

Para finalizar, ya hemos dicho que el libro debe adaptarse a la legislación vigente que impere en el conjunto de las distintas Comunidades Autónomas en las que se va a implantar. Pero ni esta cuestión, ni la propia implicación o debilidad que el autor tenga por un determinado lugar o por un determinado estilo le debe llevar perder el norte de la equidad y el equilibrio que todo manual debe tener. Para entendernos, lo que J. Antonio Ramírez ha llamado la *escala* que debe presidir este trabajo, es decir, la perfecta proporción y adecuación entre la selección de las obras y su importancia relativa en el entorno nacional e internacional, y entre los contenidos y el adecuado nivel de enseñanza al que va dirigido. Aspecto éste que a veces se ve desbordado por el localismo en el que caen algunas instituciones educativas autonómicas, obstinadas muchas veces en primar en exceso lo propio.

Con todo lo dicho, el libro debería responder así a todo lo que de él esperan sus usuarios potenciales. En primer término los estudiantes, a los que debe servir primordialmente para aprender; los lectores en general que acudan atraídos por su materia, para que disfruten literalmente del arte; y por supuesto, para el profesor, que debe encontrar en el manual un utensilio lo suficientemente generoso en sus planteamientos como para que satisfaga todas sus necesidades, para que se adapte a todas las variables docentes y del cual el profesor pueda seleccionar lo que desee.

Algunos ejemplos.

Pero, ¿cuántos de los libros de Historia del Arte que con una finalidad predominantemente divulgativa se han elaborado últimamente, responden a los criterios que se han venido exponiendo aquí? Para responder en profundidad habría que hacer una primera consideración entre las Historias del Arte dirigidas al estudiante en general y en especial al estudiante universitario, y los manuales de bachillerato.

Los primeros no pueden considerarse propiamente como manuales, tal y como aquí se han definido, pero ciertamente han hecho las veces de ellos como si lo fueran. Entre los más usados y conocidos podrían establecerse algunos grupos: los hay que responden perfectamente a la definición dada en su momento por V. Bozal para los manuales universitarios, especialmente por su carácter plúmbeo. Pero ciertamente hay también numerosas obras, útiles, completas y además asequibles: por ejemplo las diferentes ediciones realizadas por Historia 16 en este campo de la Historia del Arte, que han sido y siguen siendo un soporte estupendo para el estudiante. Sobre todo su *Historia del Arte*, y los distintos volúmenes de la colección *Conocer el arte*. La primera eminentemente didáctica, muy completa y de contrastada calidad consta no obstante de 50 volúmenes, lo que la hace poco *manejable* para ser considerada específicamente como un manual. La segunda colección, muy novedosa y sugestiva porque introduce materias poco tratadas en otras Historias del Arte, como la teoría del arte; fuentes; textos, medios visuales de comunicación de masas, técnicas artísticas, etc, también resultaría excesivamente ambiciosa para las pretensiones comunes de un manual de bachillerato. Más próxima a los planteamientos del alumno de bachillerato y a su nivel

es la colección de esta misma editorial *Lo mejor del arte*, compendiada en un total de 30 pequeños volúmenes.

En este mismo contexto tampoco habría que olvidar colecciones igualmente interesantes como *La biblioteca básica de arte* de Editorial Anaya; *Las claves* de Editorial Arín, u otras similares, como la *Historia de los estilos artísticos* de Alianza Editorial; u otros títulos tales como la *Gramática de los estilos* o *Cómo reconocer los distintos estilos artísticos*.

Las hay también modélicas en su presentación y en sus contenidos, destacando especialmente en este grupo la *Historia del Arte* en cuatro volúmenes coordinada por J. Antonio Ramírez y publicada en Alianza Editorial. Tal vez en la actualidad, la mejor Historia del Arte a la que puede acercarse el estudiante y el aficionado.

Y hay también en este mismo apartado ciertas Historias del Arte que se han hecho famosas con el paso de los años, bien por convertirse en libros clásicos de estudio, bien por su calidad, o bien porque han calado en un ámbito social con tal éxito que han llegado a convertirse en auténticos *best-seller*, así los casos de la *Historia del Arte* de E. Gombrich, la colección de *El arte y el Hombre*, dirigida por R. Huyghe, o para el arte español, el caso excepcional de la colección *Ars Hispaniae*.

En cuanto a los manuales de bachillerato propiamente dichos habría que comenzar por hacer una primera consideración: en la actualidad los manuales al uso que se hallan en el mercado podrán ser mejores o peores o de mayor o peor calidad, pero una cosa es indudable y es que no responden a los criterios que exige el actual planetamiento educativo del bachillerato LOGSE, y que en cierto modo parecen desfasados de lo que hoy por hoy entendemos ya por un manual actualizado de Historia del Arte. Porque no se trata solamente de renovar los contenidos de los nuevos manuales, sino también de adecuar sus textos a un nuevo concepto de manual: que cambie su estilo, más asequible al estudiante de medias y al mismo tiempo riguroso en sus conceptos y exigente en su terminología; que cambie su estructura, más vistosa y atractiva; que se añadan textos y capítulos complementarios; que se traten nuevos campos de estudio; que se adjunten materiales complementarios de trabajo; en fin, que se haga más dinámico y completo.

Entre las diferentes ediciones de manuales existentes hoy en el mercado un buen número de ellos apuestan principalmente por darle una cierta preeminencia a la ilustración, para suplir con ello las carencias de material de la que suelen adolecer algunos centros y profesores. El texto adquiere un carácter meramente genérico. En este ámbito podrían incluirse la mayoría de las Historias del Arte con las que se trabaja en los diferentes centros educativos, entre las cuales algunas se han convertido con el paso de los años en auténticos clásicos del manual de Historia del Arte, caso del realizado por J.M^a Azcárate, A.E. Pérez Sánchez y J. Antonio Ramírez. y editado por Anaya. Libros como éste o el realizado por Calvo Serraller para la editorial Santillana, han cuidado la elaboración de su texto en consonancia con la importancia de sus autorías. También puede considerarse una experiencia interesante la defendida en su momento por la Editorial Teide al introducir el análisis monográfico de determinadas obras de arte como hilo conductor del estudio de los sucesivos estilos, si bien marginó tal vez en exceso los contextos generales e históricos como encuadre del análisis de las obras.

Otros manuales por el contrario han sucumbido al dictado de las editoriales y presentan maquetaciones excesivamente rígidas, ilustraciones de poca calidad o textos excesivamente genéricos.

Tampoco pueden incluirse en este apartado de manuales ciertas experiencias de trabajo patrocinadas por algunas Conserjerías de Educación de determinadas Comunidades Autónomas, o por diversos Centros de Formación del Profesorado que no suelen alcanzar la calidad deseada y cuya impresión resulta muchas veces penosa

En un último apartado habría que hablar finalmente de aquellos manuales de Historia del Arte que han iniciado un proceso de renovación metodológica, adaptándose a los actuales criterios temáticos impulsados desde la concepción de la asignatura que defiende el nuevo modelo educativo. Tal vez sea pronto todavía para que las distintas editoriales hayan completado esta etapa de renovación, y por eso mismo resulta pionera la experiencia impulsada por la editorial ECIR en la elaboración de una Historia del Arte de la que somos autores los mismos que firmamos el presente artículo, y que como es lógico, hemos tratado de diseñar incluyendo todas las premisas que sobre el particular se han ido desgranando a lo largo de este escrito. Así, se ha intentado un nuevo acercamiento a lo que es el lenguaje del arte, con un tratamiento especial de la educación de la mirada y de la percepción; se ha planteado el estudio de la Historia del Arte desde sus múltiples perspectivas, incluyendo junto a las tradicionales materias de estudio, arquitectura y artes plásticas, otras como las artes decorativas, el urbanismo o los medios visuales de comunicación de masas; se ha tratado el campo de la sociología del arte, del Patrimonio y su conservación, del análisis de las técnicas artísticas, o el estudio del museo artístico. Se ha estudiado cada capítulo desde el tratamiento monográfico de aquellas obras de arte representativas de cada momento artístico, con su correspondiente encuadre genérico e histórico; y no se ha olvidado incluir biografías de los artistas más importantes de cada periodo, una selección de textos, bibliografía comentada al final de cada periodo artístico y un glosario general al final del libro.

Una cosa parece evidente hoy por hoy y es que los manuales de Historia del Arte se encuentran ante una nueva etapa, amparada tal vez en la renovación que implica la aplicación del nuevo bachillerato y que lleva implícita la de la propia asignatura, que va a suponer la aparición de nuevos manuales, sin duda más completos y cada vez más perfeccionados. Esto que es positivo desde cualquier punto de vista, contribuirá definitivamente a considerar el libro de texto en general y los manuales de Historia del Arte en particular, no sólo un utensilio necesario, sino un libro que reciba por fin el reconocimiento que se merece.